

V CERTAMEN

Premio Especial al Gacitano Mejor

Clasificado

Año 2003

Un relato de ocho pági-
nas

Joaquín Devesa Salmerón

Las olas siguen restallando contra las murallas. Como un buque fantasma, la ciudad poblada de calles desiertas se bambolea. Con la persistencia inútil de un monstruo submarino que ma/gasta sus últimos coletazos, varado en un banco de arena.

Son las doce de la noche, estoy escribiendo. La pantalla del ordenador es la única luz de la habitación en la que me encuentro. En los cristales de mis gafas se reflejan folios y palabras virtuales. Yo no me doy cuenta de ese reflejo, tal vez si alguien me observara desde la puerta podría verlo. Pero no hay nadie conmigo. De lo que si me doy cuenta es de que, inevitablemente, mis dioptrías van aumentando en milésimas de grado con la lentitud inexorable de la ruedecilla de un contador de electricidad, debido a las radiaciones invisibles que emite mi equipo. Aun a riesgo de quedarme ciego o impotente sigo mi tarea. Más cosas de las que soy consciente: Hace frío, aunque no demasiado, el radiador es pequeño y sólo calienta un lado de mi cuerpo. Como sucede con los planetas sin movimiento giratorio, ardo por una cara, mientras que en las zonas más oscuras de la cara oculta se forman témpanos perpetuos. Afortunadamente tengo la libertad soberana de mover el radiador cuando quiera. Lo que me convierte en una especie de condenado a la teoría geocéntrica, en donde la fuente de calor y vida se traslada alrededor de mi y no yo alrededor de ella. Otra cosa que tengo presente es el motivo por el que me encuentro aquí. Acabo de escribir las tres primeras líneas de un relato corto que he de terminar antes de que amanezca. No tengo historia, ni personajes, ni localiza-

ciones. No tengo nada. Sólo algunas nociones de escritura automática y un diccionario de sinónimos. Bueno, además están esas tres líneas. Se supone que forman el principio de la descripción de una ciudad, que será escenario de mi historia. Me he dejado suelto y he comenzado a teclear sin apenas mirar la pantalla. Mis nociones de taquigrafía son más que precarias. Ahora releo las tres frases que he escrito, me gustaría decir parpadeantes, y lo serían si mi monitor fuera de los años ochenta, pero éste no es un relato de memorias, y mi pantalla está optimizada para que no parpadee; sólo se produce este efecto cuando se la graba con una cámara, el caso es que estas tres líneas no son exactamente lo que quería. Nada-demasiado-realismo-mágico-a-lo-García-Márquez. Tal vez algo más comprometido, más ultraísta.

En idas y venidas de tregua violenta. Los muros de cartón de siglos persisten. La ciudad rehundida en su cerco, se metamorfosea en telaraña de bastos animales prehistóricos. Perdidos de movimientos, ya incontrolados, ya sin vida.

¡Ni que lo hubiera escrito Gironde! Un poco demasiado triste pero quizá pueda mantener el ritmo hasta la presentación de personajes.

Un relato corto con un mínimo de cinco páginas mecanografiadas o por ordenador y un máximo de ocho páginas. No sé ni el tamaño de la fuente, ni la amplitud de los espacios. Fantaseo con la idea de poner una fuente gótica con cuerpo veinticuatro y solventar el problema con un relato de cuarenta líneas. ¿Quién podría impedirlo? Nadie. Como tampoco nadie podría impedir que el

relato acabara en una papelera de reciclaje entre un montón de excluidos, a la espera de su destrucción.

Otra posibilidad es coger uno de mis relatos de archivo y engordarlo con paja como un colchón de pos-tguerra. Un colchón incómodo y hostil, que lacere las débiles carnes de un relato corto. Sin un débil muelle que componga su estructura. De resultas, tendríamos un enfermizo cuento con los ojos hinchados de no haber pegado ojo en toda la noche. Un guiñapo incapaz de defenderse por sí solo. Un condenado a la máquina trituradora. ¿Cómo comenzar a escribir un relato? Las posibilidades se abren. Todas son seductoramente divertidas, e igualmente plenas de sentido y sentimiento. Todas ponderables y abarcables, salvo la opción honesta, que sería escribir un relato con la extensión precisa, original e inédito y no seguir tirando del cajón de sastre de los textos que escribí por simple diversión. Lo mejor es empezar por una palabra y luego otra y otra hasta completar cada renglón de cada párrafo, y así hasta poder escribir la palabra fin sin remordimientos de conciencia. Dicen de los grandes que escribían sin saber hacia donde les llevarían sus propias tramas, dejaban correr a campo abierto las vicisitudes de los personajes, que vivían un paso por delante de sus plumas. Escribir para ellos debía ser fantástico. Sorprenderse a cada segundo de los giros y aventuras que van surgiendo en el relato, como movidos por su propio impulso. Sí, así da gusto escribir, es como leer lo que tu mano escribe por voluntad propia. Es algo más, es mágico. Sin esquemas de tramas y subtramas, sin listas de personajes, sin descripciones de localizaciones, ni documentación, ni nada. Sólo el genio

inventando a partir de su experimentada energía creativa.

Pienso en mis relatos subdesarrollados, con goteros de gramática y lingüística. Pienso en mi dificultad por hilvanar palabras que tengan sentido, que inspiren, que creen emoción, intensidad, drama; y además hacerlo como el que bebe. No sólo con gran facilidad, sino como con necesidad, con ansiedad de soltar lo que llevan dentro, como si su propia inventiva los tuviera esclavizados a la caligrafía. Sigo intentando llenar las cinco páginas mínimas. Menos no se puede. Esperamos editar un librito donde aparezcan los escritos seleccionados. Un librito, ¿entiendes? No un folleto.

Las sienas martillean de pura actividad, se nota en los dedos y en las muñecas un ligero cosquilleo de patología desconocida. Y los métodos se disgregan de necesidad. ¿Qué tal un poco de meta literatura? Una digresión sobre los métodos de escritura de escritores de reconocido prestigio. Borges decía que nunca redactaba más de dos páginas al día, que todo lo que escribiese demás o de menos no servía para nada. Esta digresión me suena más a trasgresión. Yo tengo que escribir cinco páginas y no tengo tres días. Aunque es demasiado fácil divagar sobre lo que uno tiene o no tiene, así que mejor dejo la meta escritura. ¿O podríamos llamarlo biografía de un relato?, o mejor los albores de un gran éxito; ¡Ya lo tengo! la creación literaria, teoría y práctica.

Mejor el título lo dejo para el final. ¿Cuándo decidirán los escritores profesionales el título de sus textos? Unos dicen que si tienes un buen título el resto es coser

y cantar, claro que otros dicen que primero tienes que querer contar algo que merezca la pena y ya te preocuparás de ponerle nombre. Al fin y al cabo los grandes títulos no los hacen los escritores sino el público que los lee. ¿Cuál es el título original del Quijote, y el de la Biblia? Luego, que a lo que tengo que ponerme de verdad, de verdad es a inventar un buen argumento. ¿Qué tal algo histórico? Sobre la bohemia modernista de principios de siglo. No está mal, el de La Tempestad, ¿Cómo se llamaba? ¡Ganó un premio Planeta! Creo que empezó escribiendo sobre la vida de bohemia. Hay tantos títulos y tantos escritores famosos que han escrito sobre esa época. Es tan interesante, tiene el glamour justo, la estética de, ¿cómo era? cuidada dejadez, ¿Por qué no se me ocurrirán composiciones como esta? Bien, pues la historia se articularía en tres escenarios diferentes: París, es el mejor lugar para hablar de esta época, los artistas, las buhardillas, los tejados, los cabarets, la realidad cruda del artista muerto de hambre que no cesa en su empeño de hacer temblar los cimientos del arte, atacando los gustos burgueses y las convenciones academicistas. Luego Cádiz, sería genial, me daría la oportunidad de hacer un retrato histórico sobre la ciudad, además podría meter localismos y anécdotas de la fauna gaditana, eso me daría puntos, a todo el mundo le gusta visitar un poco el pasado, aunque sólo sea para comprobar lo poco que han cambiado las cosas. Y la tercera podría ser, no sé, Sevilla, eso es, será Sevilla y ejercerá de puente entre Cádiz y París. Así me costará menos explicar el caso, y a mi mismo me será más fácil ir adaptándome a las ciudades de interior con grandes ríos navegables. Pues eso, la historia tendrá

amor, por el arte principalmente, claro está. Aunque no estaría mal incluir alguna escena picante. Tal vez en el segundo capítulo. ¿Qué lector se esperaría algo semejante? Estas leyendo sobre la primavera en París, sobre lo apabullante que resulta comprender la ciudad, asimilarla, sobre todo para un forastero de provincias recién llegado y que ni siquiera domina el idioma y ¡zas! De repente te encuentras con una escena erótica, cargada de sensualidad, tanto para ellas como para ellos. Luego sigues la narración como sin concederle importancia, probablemente no vuelva a haber ningún otro episodio romántico. ¡Pero claro! Ya has sembrado la duda, y cuando estés describiendo un dormitorio en el que se encuentra una pareja, o como la protagonista se da un baño, pues automáticamente te laten las venas esperando a vuelta de renglón alguna referencia sexual que te encharque la libido, textualmente hablando, claro. Además saldrían personajes famosos. ¿Qué te parece una entrevista entre el protagonista y, pongamos, Picasso? Ahora está muy de moda, y como es el pintor que más conoce la gente me daría pie a conectar con el gran público. Incluiría también referencias a algún otro pintor considerado moderno. ¡Los impresionistas! Hablaría de los impresionistas, aunque fuera de pasada, todo el mundo conoce a los impresionistas. ¿Quién no tiene una lámina o al menos una postal de algún cuadro de Van Gogh? La gente no tiene por qué saber si era impresionista o no, el caso es que suena y está muy bien. Con todos esos colores, la gestualidad, la locura, la pasión los manicomios. ¡Eso es! Iré intercalando descripciones de cómo el protagonista va pintando sus cuadros, refiriéndolos por supuesto a recuerdos

infantiles o adolescentes.

Luego está el estilo. Creo que uno naturalista le vendría bien. Pero con alguna innovación. Haría digresiones de vez en cuando para contar anécdotas de los alrededores de los personajes, y también podría jugar con los tiempos de los verbos. Pretéritos indefinidos que dejaran la acción inconclusa, como flotando en el aire, algún pluscuamperfecto por ahí, y cuando menos se lo esperen les lanzas un presente continuo que les deja fríos. También puedo jugar con las voces. Empiezo en tercera persona. Narrador omnisciente, lo más clásico de lo más clásico y lo voy alternando con algún monólogo en primera persona, claro. Y algún capítulo lo monto en segunda persona, en plan Philip Marlow. Te levantas una mañana y te encuentras con tu sombrero y la taza sucia del café del día anterior. ¡Genial!

Un momento, un momento. Creo que me estoy excediendo. Creo que no estoy siendo realista. Es demasiado tarde y me entusiasmo con demasiada facilidad. Por un momento incluso había dejado de oír el ruido de la nevera. Lo que me hace falta no es esto, lo que me hace falta es escribir algo que se le pudiese ocurrir a cualquiera, esperando un autobús, cobijado bajo la marquesina de una parada en un día de lluvia. Podría hacer aliteraciones describiendo el sonido del agua. En prosa poética, describiendo una improvisación callejera. Los coches pasan en procesión sacudiéndose mecánicamente con las escobillas de los limpia parabrisas. Es de noche, los vehículos pasan iluminando con sus faros las caras ateridas de los peatones que esperan en los semáforos. Todo eso en cincuenta líneas por página, a tres del

final.

Truman Capote decía que un escritor se entrenaba a través de la observación del mundo. Y la observación del mundo de un escritor se trasluce en descripciones. Capote hacía varias descripciones al día. Esto formaba parte de su entrenamiento como escritor. Cada día una descripción, hasta que se encontró preparado para describirlo todo, luego comenzó a escribir relatos, con más descripciones, cada vez más precisas, más reales, hasta reunir la suficiente experiencia como para describirse a sí mismo. No está mal. Un relato debe tener descripciones, eso es verdad, pero lo que tiene que tener por encima de todo es una urgencia. Algo que impele al protagonista, a la narración o al lector a descubrir el embrollo que esconde el resultado. Y el final. Eso sí que es importante. Un buen final. Un cuento puede ser de intriga, de terror, de amor o de miedo, puede ser cómico o infantil, pero ha de tener un clímax y un final. Aunque luego lo extiendas hasta acabar en otra cosa como hacía Kafka. Pero el daño está hecho. El final se te ha quedado clavado en la cabeza, por encima de epílogos y prólogos.

De cinco a ocho páginas. ¿A quién se le ha tenido que ocurrir semejante gilipollez? Cuento las páginas de los cuentos de Monterroso, una, dos, o tres, y luego diez, doce catorce. Después Galeano o Gelman, una o a lo sumo dos. Poe treinta, cuarenta y tres y todo va así. Sólo he encontrado un escritor en mi biblioteca que tiene cuentos de entre cinco y ocho páginas. Charles Bukowsky. Pero este era un pervertido ¿no? Así que entre líneas, en realidad me están pidiendo que escriba algo obsceno. Esa es la razón. No valen cuentos infanti-

les. Los de los hermanos Grimm o los de Wilde o no llegan a tres o se pasan de las doce. En cambio los de Bukowsky... ¡Todo cuadra! En un relato de cinco a ocho páginas sólo se puede escribir algo indecente. Algo subversivo, o un trabajo de instituto. La urgencia que tenía de escribir un relato de cinco a ocho páginas no solo es un objetivo, ahora, además, tiene una dirección.

Empecemos pues: Un par de amigos, casi camaradas, Santiago, pintor y Florencio, escritor, parten hacia París a principios de primavera de 1906. Quieren conocer y formar parte de la bohemia artística del momento. Se instalan en una buhardilla, rodeada de gatos y tejas descolgadas. Entre la Iglesia del Sacre Coeur y el boulevard de Clichy. Pasan los primeros meses deambulando por las calles escuchando con deleite los sonidos del nuevo idioma, como si de una música incomprensible se tratara. Trabajan en los más inverosímiles oficios para ganarse el sustento. Como dos pícaros de Cervantes, viven encuentros con humanos imponderables y pasiones de abochornado desenfreno. Algún tiempo después, descubren un grupo de bohemios trasnochados, que se reúnen en un café de la zona, llamado L 'Enfant. Allí despotrican del mundo y rinden rabiosa pleitesía a la modernidad. También editan una revista de opinión. Los dos amigos se integran en Les enfants de la Patrie en pocas sesiones tomando contacto con un paisanaje desternillante y en cada caso precario de alguna faceta. Santiago, como pintor, recibe el encargo de entrevistar a un joven y prometedor artista de Montparnasse, Picasso. Este le abre los ojos a un plano de la pintura insospechado, que le hace replantarse su trabajo en una

brillante escena de introspección artística, donde arroja sus bocetos a los cielos de Montmatre. Al día siguiente le toca comunicar a sus nuevos colegas lo acontecido con el pintor español, Santiago se agobia en la reunión y es rescatado por una joven de belleza recién florecida, Lola. Se produce el flechazo con la descendiente de españoles afincada en París. A partir de ahora y hasta el día de su huida serán inseparables. Acuden a fiestas de trementina y licores, patrocinadas por Modigliani. Beben licor verde en un desenfreno equilibrado con momentos de inspiración categórica. Descubrimos a Lola en un sensual interludio mientras descubre su cuerpo desnudo en el empañado espejo del baño y sobre el desvencijado baúl de su herencia familiar. Las tertulias de Montparnasse se comandan desde la envergadura de Matisse, que propone juegos inocentes a sus asociados. Santiago observa, actúa y decide. Le llegan ofertas de exposiciones, que va rechazando indiferente, no cree en una muestra dirigida, no cree en el comercio de la difusión de ideas. No cree en un arte por la estética, ni en un concepto incomunicado. Entre conversaciones y arreglos han pasado varios años. Nos enteramos de cómo Florencio se ha convertido en un decadente dramaturgo que escribe para una compañía de faranduleros deficitarios. El amor hacia una trapecista le lleva al desengaño, perdido en un dédalo de desencuentros decide despedirse de la ciudad luz y volver al redil familiar, a una carta de distancia Santiago llora la ausencia del hermano. Se siente abandonado. Lola trata de consolarle, pero su trabajo con un insigne fotógrafo la lleva, cada vez más periódicamente, lejos de sus brazos. En sus aven-

turas por las calles de la ciudad encuentra a personajes de su pasado, lo que le hace caer en la cuenta del tiempo que cuenta su nueva vida, ya no tan nueva. Rumores de guerra desacreditan la esperanza en la lucha de clases. Los obreros alemanes se preparan para luchar con los obreros franceses. Nada tiene sentido en un mundo cuyo orden se precipita. Las banderas dan paso a las consignas. Desde todos los foros se augura un nuevo orden que cambiará la inocencia del mundo por la indignidad de las miradas, por el escepticismo de los gestos. Los artistas se dividen entre su dedicación social y su creación personal. Santiago pone tierra de por medio. Va dejando en cada apeadero un trozo de sus recuerdos, un jirón de su ánimo o un testigo de su vida. La huida interminable no descansa. Pocos meses después, en el puerto de la Habana, un hombre vigila los trasiegos marítimos del comercio. En el largo agosto de 1914, Santiago se camufla de ciudadano, de vecino, buscando una identidad que le brinde anonimato. Una monotonía que le libre de recuerdos y responsabilidades. Ha de tomar una decisión, única y personal, sin trámites ni abordajes. En esta ocasión su próximo movimiento ocasionará un naufragio elegido. Un destino visible, solo por sus ojos, una opción de propiedad íntima.

Y ya está. Sólo falta definir a los personajes con sus nombres y un grupo de adjetivos y preferencias. Por ejemplo: Santiago, protagonista, joven, atolondrado, vital. Le gusta el viaje, la búsqueda constante más allá del encuentro, no le gusta la intransigencia hacia lo nuevo, le gusta pintar sus recuerdos como terapia de la memoria y tiene una especial predilección por las muje-

res que despiden un olor dulce y cuyos cuerpos redondos pero proporcionados se embuten en tejidos cálidos. Le gusta la ternura, el afecto y la continuidad, es soñador y cuando le dejan, interesantemente elocuente. Florencio, compañero inseparable del protagonista, golfo sin ser pendenciero, alegre y romántico. Le gustan los establecimientos con poca luz y las sillas verdes. Le gusta el baile y las bailarinas. Le disgustan los uniformes, los periódicos usados y el olor a cocina. Lola, pareja del protagonista, personaje secundario de gran importancia. Amable, inteligente y seductora. Le gustan las conversaciones largas, los baños de espuma y las fotografías de retratos. No le gustan los desconocidos que la miran durante mucho tiempo, estudiando cada uno de sus rasgos y luego se hacen los dolidos.

Puedo tratar de dar una visión cinematográfica de la acción. Hacer que todo el relato sea muy visual. Que el lector se sienta como flotando entre los personajes y los ambientes en los que la historia se vaya desarrollando. Haciéndoles fijar la atención, de vez en cuando, en los pequeños detalles que componen una ciudad, una casa, un salón o una persona, conseguiría hacer un relato intimista incluso cuando describa cosas grandes. Claro que esto me va a ocupar bastante más de ocho páginas. ¿Qué hago? Trato de reducirlo hasta que me quepa, arriesgándome a que se note el gastado filo del calzador. O mejor me busco otra historia, otra trama, otros personajes que se ajusten a lo debido. O también podría, simplemente comenzar a escribir y no preocuparme por nada más, que es muy tarde y me castañetean los párpados. La historia de un escritor que no halla la manera

de escribir un relato de ocho páginas y que, tal vez fenezca en el intento. Parece bastante subversivo como para emular a Bukowsky, no he empleado ninguna descripción de genitales, ni he enumerado la serie de botellas vacías que en este momento podrían estar rodeándome, pero puede servir. Retomaré el punto de vista cinematográfico. Haré un barrido por la ciudad a modo de presentación, ¿amanece o atardece? en el París de 1906.

En una pradera quebrada de tejas y fustes de chimeneas, poblada de gatos miserables y minúsculas flores amarillas, cuelgan camisas, pañuelos y toallas. Los ciudadanos de París que cuelgan sus prendas en esas alturas se sienten afortunados. El viento seca más rápidamente los tejidos y no están expuestos al humo y el polvo de los cables que cruzan las calles. En los patios interiores hay siempre demasiada sombra o demasiada humedad y la ropa tarda en desaguarse días y días. Los ciudadanos de París que tienen su ropa aireada entre las cornisas, se sienten más pulcros, más orgullosos que los que se ven obligados a ocultar el olor a humedad con minúsculas flores de lavanda. Porque los ciudadanos de París no están formados para ocultar sus malos olores, al contrario, los parisinos están hechos para exhibirse y pavonearse. Y cuantos menos atributos de su apariencia tengan que ocultar, más orgullosos se sienten. París ha construido enormes avenidas para no verlas cruzadas de tenderetes de colada. No puede haber sitio para lo desagradable en los bulevares, no deben existir las ofensas al buen gusto en las avenidas. Sólo en los barrios más interiores se permiten este tipo de espectáculos. Sólo la

gente baja esta dispuesta a airear su ropa interior a la vista de todo el mundo, sólo los sans culottes pueden vivir en esta desvergüenza. La manera más civilizada de secar las prendas es desde el interior, por eso las azoteas se han convertido en un lujo. Y el que posee esta comodidad no duda en comunicarla a sus familiares y vecinos, para ascender en la pirámide social. Y aún más si tiene a alguien que se ocupe de estos menesteres por él. Entonces se convierte motivo de comentario en las reuniones familiares. Causa de envidia entre los vecinos y parientes más desafortunados, que aplican disimuladamente la nariz al tejido del chaleco para comprobar que la lavanda continua haciendo su efecto enmascarador. Al parisino le duele la mancha y la humedad, por eso se reviste cada mañana de dignidad y sale a las calles envuelto en telas, lo mejor aireadas posible. Un ciudadano de París tiene, por nacimiento, el mayor derecho a ser considerado como tal. Uno puede ser provinciano, habiendo nacido en cualquier otra ciudad. Tal vez tenga que luchar por formar parte de la ciudadanía en lugares como Nueva York o Londres, pero no en París. Pertenecen a la urbe como la urbe les pertenece a cada uno de ellos. En su sentimiento no se dejen incluir entre los franceses. Simplemente permiten que sus compatriotas del resto del país tengan la misma nacionalidad que ellos.

Ventanas de buhardillas, cuadradas, redondas o triangulares miran los tejados de la ciudad. Miran desde arriba al suelo que las sustenta. No alcanzan la vista al cielo plomizo que cubre como un manto la capital trescientos días al año.

En los interiores se extienden los barrios. Más allá de los bulevares limítrofes que circundan su territorio. Al oeste, el nuevo imperio de los acomodados se desmarca del resto, rodeado de jardines y casas de nueva construcción. Al sur, al norte y al este, se suceden las casas vecinales, en confusa mezcolanza con palacios e iglesias en carrusel, alrededor de la isla de la ciudad. En las entrañas de París, desplazadas del centro, las vías públicas precipitan desde sus tejados canalones, cuerdas vigas y cables. Cruzando en zigzag el hueco de la calle hasta los adoquines. Formando una maraña indescriptible de fronteras a la luz, que atrapa con el mismo tenaz abandono a habitantes y visitantes.

Lo primero que hicieron Santiago y Florencio al llegar a París fue echarse sus escuálidas maletas de cartón sobre el hombro y empezar a deambular sin rumbo fijo.